

## ¿Quién habló de fútbol?

**C**AYÓ Clemente, que es tanto como decir que ha llegado a su culminación toda la filosofía dominante en la política deportiva de este país. Y si hablar de política resulta paradójico tratándose del pelotón, ya me dirán hasta qué punto abre las carnes al más sensato traer aquí la filosofía. Pero ambas están en juego en este desmoronamiento, dimisión o golpe de trasero pactado –nada está claro– del hasta hace poco seleccionador nacional de fútbol.

En la España del paro y la patera no hay equipo de primera división que saque en su alineación inicial más de cinco jugadores nacidos en esta tierra nuestra. De liga nacional de fútbol, nada de nada. (Quizás por eso se abre paso subliminal la nueva denominación de liga de las estrellas). En la península, Canarias y Baleares se juega una competición que podría despertar idénticos entusiasmos patrios en Holanda, Italia, Brasil o Argentina y los aficionados pasan de pronunciar los nombres de sus ídolos porque se enredan con la pronunciación.

Puestas tan extranjeras las cosas, a quién puede sorprenderle que la selección nacional de fútbol sea una entelequia imposible o a lo sumo un reflejo descafeinado del brillante fútbol que dicen se exhibe en los campos nuestros por los que corre esta especie de invasión aliada. Poner en pie de guerra a once nacidos en casa que le den al balón solitos y sin esos genios aliados que les hagan las cosas fáciles y les metan los goles como cada domingo sería un milagro. Tiene que resultarles un tanto complicado encontrarse al lado con un simple coterráneo castellano, catalán o vasco, a estos jugadores españoles acostumbrados a lo de «tú-pasar-mí-bola, please». No se entienden y la estrategia se van al cuerno. O lo que es lo mismo, al sitio al que han mandado a su seleccionador. Seleccionador de restos y comparsas. Triste papel para Clemente y para el siguiente y el siguiente, si no cambia eso, la política.

Una política de aplicación obligada por la sencilla razón de que en el fútbol profesional no se conoce otra ideología —ahora vamos con la filosofía— que la del dinero abundante y el contrato escandaloso. Hay que dar espectáculo y ganar público. El marketing más puro y duro, que ya ha devaluado hasta el hastío el mundo de la comunicación, hinca ahora sus garras en el deporte y lleva la guerra de audiencias a los estadios con el consiguiente desprecio del «producto nacional». (La compra del Manchester en 625 millones de libras por el gran magnate de la comunicación Rupert Murdoch es una muestra, extranjera también, de lo dicho si se piensa que así asegura todos los derechos y beneficios de las retransmisiones del equipo por televisión. El principio filosófico es de aplicación universal).

En fin, que el rifirrafe que nos hemos llevado y traído con Clemente, al margen del especial carácter del técnico, no es asunto personal ni deportivo. Política equivocada y falsa filosofía. Eso es lo que hay.

L. U.

## Olvidada Francia

**P**ARA una serie de generaciones españolas, las nacidas después de la guerra incivil, Francia constituyó la única utopía posible y accesible. Vivíamos sumergidos en el reino de la más feroz autarquía existencial e intelectual y solamente ensanchábamos nuestro corazón cuando leíamos a Camus o Bernanos o podíamos escuchar a Sartre en su tertulia de Saint Germain des Prés o teníamos acceso a los cantautores como Jacques Brel, mientras el cine de la Nouvelle Vague, con Godard y Resnais en cabeza, restauraba nuestra confianza en lo visual como arte comunicativo. Era, sin más, una Francia de la libertad y para la libertad. Puede que lo hayamos olvidado, ahora que estamos sumidos en el más esperpéntico servilismo anglosajón, pero si nos miramos hacia adentro descubriremos que una gran parte de las grandes palabras de nuestra pequeña vida las aprendimos en francés, correteando por París, a la vez que en España no acababa de descorrerse el pesado velo de un franquismo del atontamiento y del letargo, además de ser un auténtico virus de la crueldad.

Puede que por quedarnos un tanto lejana esta dimensión de la realidad española de los cuarenta y cincuenta, precisamente cuando Francia era nuestra utopía deseada, no hayamos querido profundizar en sus días y en sus noches, sobre todo en el campo fílmico: el cine español nunca ha reflejado con la dureza que debiera tales tiempos bárbaros, en los que el siempre asustado fascismo mandaba desde el imperio del autoritarismo inhábil y superficial. Pero la realidad es que teníamos miedo y que éramos perseguidos por cuestiones elementales y que la cárcel era un fácil lugar donde pasar la noche. Así, mucha gente tuvo que huir y organizar su vida en el exilio francés, atravesados los Pirineos. El país hermano dejaba de ser utopía fresca para convertirse en lugar objetivo de estancia y de vida. En fin, de libertad.

Fernando Colomo, un cineasta de la generación intermedia, ha rodado *Los años bárbaros*, donde se narra una historia completamente llena de cuanto

llevamos dicho. No estamos ante un filme genial, pero sí se trata de un filme hermoso, a ratos hasta divertido y emocionante, en el que cuatro personajes jóvenes viven una atrabiliaria huida del Valle de los Caídos, perseguidos, sin cesar, por un jerarca fascista. Mientras la película avanza, Francia surge como esa utopía ideológica pero también como lugar de vida cotidiana, mientras el espectador cae en la cuenta del brutal atentado contra los valores humanos más elementales que se vivía en estos lares sin que pareciera, a tantos, que algo extraño sucedía. Parece mentira cómo vivíamos, como reíamos, cómo matábamos. Inexplicable.

Puede que sea el momento de recuperar al «amigo francés», ahora que ya ambos, ellos y nosotros, somos europeos, y no pueden imponernos con tanta facilidad sus puntos de vista, porque la verdad es que nos los imponían. Llegarse de nuevo a París, sentir el aire de la liberación, visitar monumentos egregios de la historia europea, sentarse en sus jardines, hasta acabar por recorrer sus espléndidas librerías. En una palabra, hacer presente tanta cercanía y colaboración pasadas. Sería una total estupidez olvidarlo y sumergirnos, en un gesto inmaduro, en las guitarras rokeras de los anglosajones, tan llamativos ellos y tan recientes además. Porque cuando se habla de lo anglosajón, estamos pensando, siempre, en Norteamérica y mucho menos en Inglaterra. Que sería diferente.

Película a contemplar, sin que resulte un producto cinematográfico de primera magnitud. Porque Francia, como utopía, está en ella misma, y eso se agradece. Pero, sobre todo, está un tiempo de nuestra reciente historia, cuando unos hombres malditos construían un valle para vanagloria de pasiones irredentas, ahí al lado, en la sierra madrileña. Hasta que alcanzaron la añorada libertad. La libertad que ahora nosotros gozamos sin problema alguno, tal vez mirando hacia parte alguna. Es decir, mirándonos el ombligo. Olvidada, ya, aquella Francia de la utopía.

P. de P.